

Juan Fidel Zorrilla A.

Migración y eclecticismo

Esta conferencia gira en torno a la conveniencia de recurrir a diferentes tipos de tradiciones teóricas y metodológicas en las investigaciones sociológicas y, de manera muy especial, en aquellas que traten temas urbanos.

El interés que reviste abocarse a este problema surge paralelamente a diversas apariencias que han marcado mi trabajo como universitario y muy particularmente mi labor magisterial en esta facultad. A la más impactante de ellas la podría calificar sin temor alguno como triste. Sin embargo, no radica precisamente en esto su significado para esta plática, sino más bien en que me mostró la existencia de un vicio radicalmente anímico a cualquier tarea formativa del nivel profesional.

En efecto, no resulta difícil constatar, que en esta facultad —aunque no sólo en ella—, es legión el número de estudiantes que no dudan en utilizar una variedad muy grande de medios ajenos a lo académico, con tal de conseguir acreditar un curso: excusas, presiones, historias, súplicas, quejas, acordeones, provocan en el maestro un sentimiento de culpa y aprovecharse de ello para librar algún requisito de un texto con el fin de abultar un trabajo; el presentar exámenes u obstáculo académico; emplear sin discriminación alguna extractos extraordinarios en lugar de llevar normalmente los cursos, el concordar con las convicciones políticas del maestro y buscar a la persona que ceda más fácilmente ante estas presiones son tan sólo los más comunes.

El éxito de tales medios tiene, entre otros, un efecto catastrófico en el ambiente estudiantil: nos muestra que estudiar es sólo *uno* de los caminos para pasar un curso.

* Profesor de la FCPS-UNAM.

En realidad nosotros sabemos, o deberíamos saber, que el estudio es la única manera de aprobar en cualquier sistema educativo honesto.

La existencia de muchos medios convalidados por la práctica para acreditar materias, indistintamente de que sean o no académicos, tiene como resultado inevitable la producción de perfiles desdibujados para todos los conocimientos indispensables en el manejo profesional de nuestra disciplina. Lo cual no contribuye poco al deterioro y decadencia de la calidad de la educación superior; amén de las enormes confusiones que de esta manera se generan y promueven.

Dentro de este ambiente académicamente anárquico, es muy común que los estudiantes, en búsqueda de alguna seguridad, se aferren a ciertas ideas, que con mucha caridad, podría llamar simplicistas. Me gustaría participar en este seminario con una aportación que coadyuve a disipar una de las más frecuentes: el santo horror con que se ve lo llamado por ellos eclecticismo.

Si hemos de creer al diccionario, ecléctico es una voz que se deriva del verbo griego *eklegein* que quiere decir escoger. Por lo que un ecléctico es una persona que escoge de entre varios sistemas teóricos las mejores proposiciones; en vez de constreñirse siguiendo las soluciones brindadas por una sola escuela, autor o disciplina.

Conviene examinar, aunque sea brevemente, el significado de una disposición académica, que orientada en este sentido utilice aportaciones de diversos troncos teóricos como el Marxismo, la sociología comprensiva Weberiana y los análisis estructural-funcionalista, o que eche mano de indicadores elementales empleados normalmente en disciplinas afines como la economía, demografía, estadística y antropología social.

En primer lugar, el propósito de recurrir a diversas fuentes no se nutre de una indiferencia valorativa tal, que ante diversas aportaciones y cuerpos teóricos, se acudiese indistintamente a una u otros al considerarse que todos resultan igualmente válidos, o lo que es lo mismo, igualmente inválidos.

Por el contrario, el punto de partida de una actitud abierta ante varias opciones teóricas o de método es la conciencia de que, a la luz de la experiencia acumulada en nuestra disciplina, *el grado de adecuación de una teoría para un problema de investigación específico es algo que no puede ser conocido a priori.*

La aseveración anterior implica, desde luego, la aceptación de muy diversos tipos de limitaciones explicativas y analíticas en el marxismo, la sociología comprensiva Weberiana o los análisis estructural-funcionalista, sin menosprecio de sus innegables aciertos.

Servirse de conceptos con diversas procedencias teóricas se justifi-

ca, más en términos de los problemas cognoscitivos que nos proponen los objetos tradicionalmente estudiados por las Ciencias Sociales que en términos de las preferencias metodológicas del sujeto investigador. Con esta formulación se salva el requisito de objetividad científica; pero se abren, a su vez, nuevas preguntas acerca de cómo, cuándo y bajo qué condiciones debemos aceptar, rechazar y optar por un enfoque teórico determinado, en oposición a otro en el análisis de un problema o de un aspecto de éste.

Esta última cuestión define para mí una de las tareas con las que debemos y podemos comprometernos en esta facultad: *ir deslindando, con base en investigaciones concretas, la utilidad de diversos cuerpos teóricos.*

En vista de lo previamente afirmado podríamos distinguir dos tipos diferentes de eclecticismo. Por una parte tendríamos aquel estado mental que busca encontrar, de entre diversas tradiciones teóricas y analíticas, el enfoque que más se preste para el conocimiento de un problema específico. De esta manera, se compromete a recorrer con un ánimo crítico las diversas contribuciones existentes sobre temas semejantes o afines con el afán de hallar aquella aportación que brinde el mayor grado de cobertura explicativa para el tipo de problema en cuestión.

A lo anterior se puede añadir lo siguiente: el haber elegido un enfoque determinado en un caso concreto no implica que por esta razón se contraiga el compromiso de permanecer fiel a dicho enfoque en investigaciones subsecuentes; como tampoco se obliga uno a desecharlo, todo lo cual equivale a reconocerle un gran valor a la disposición que permite mantener un grado muy alto de apertura intelectual frente a las limitaciones que implica tener que trabajar con tradiciones teóricas y analíticas restringidas. De esta manera, *afirmar que tal o cual enfoque o teoría resulta válido debe ser conclusión inseparable de una o varias investigaciones empíricas*, y no consecuencia de una convicción política o de cualquier otro tipo, como suele ser frecuentemente el caso entre nuestros compañeros estudiantes aunque no sólo entre ellos.

Desde esta perspectiva, ser ecléctico es prácticamente sinónimo de ser simplemente un sociólogo típico y normal, ya que el quehacer ordinario de una disciplina científica se define precisamente por ese ir y venir continuo entre enfoques, teorías, datos que no son explicados adecuadamente, y diferentes escuelas teóricas cada una de las cuales pretende ser si no la única si, con mucho, la más válida.

Sin embargo, paralelamente a la existencia de éste, también es posible aislar otro tipo de eclecticismo menos establecido y más abierta-

mente arriesgado. Su punto de partida lo constituye la conciencia de que existen objetos de investigación con dimensiones tales, que éstas resultan prácticamente inaccesibles para su abordaje desde una misma perspectiva teórica y que, cuando a pesar de esto se insiste en analizarlas todas desde un solo punto de vista, los resultados pueden ser o francamente decepcionantes o previsiblemente dogmáticos. En ambos casos llama la atención que, por lealtad a un enfoque teórico determinado, se llegue a conclusiones innecesariamente disparejas, cuando de no haber prevalecido uno solo, se obtendrían resultados más fructíferos.

Ante tal situación puede uno muy bien preguntarse acerca del significado de esta última consideración para estudiantes con quienes el destino se complace en tenderles un obstáculo y un desafío: las tesis.

Poco se habría avanzado si abandono el empeño ecléctico una vez admitida la conveniencia de acudir a varios enfoques. Me resta, precisamente, la tarea de mostrar e ilustrar sus ventajas. A ello me abocaré discutiendo un tema, de cuya afinidad no podemos desentendernos en la sociología urbana: la migración.

Cuando un científico social se acerca al problema de la migración en el curso de una investigación —ya por constituir su objeto de estudio; ya por coincidir en la materia de su trabajo—, aprecia de inmediato la vastedad del universo que lo confronta:

a) El rango de los datos significativos puede cubrir desde los propios a la experiencia personal o grupal tal y como los consigne un buen trabajo de campo que focalice estos aspectos; hasta aquella información vertida en los censos decenales. b) El tamaño y destino de los contingentes que conforman los patrones de migración involucra referencias inevitables a las grandes variables explicables y descritas por las ciencias económicas o demográficas. c) Las preocupaciones teóricas a que pueden dar motivo los datos anteriores comprenden problemas tan diversos como el saber si el ámbito de la decisión individual de migrar estuvo mediado por consideraciones de tipo cultural; o el indagar si la migración incide más entre jóvenes, desocupados y alfabetos, por ejemplo; o investigar el impacto de la migración en la conciencia de clase y la lucha política; o detectar los intercambios seculares de población entre diversas zonas de una región o de un sub-continente.

Contra este telón de fondo me gustaría proponer un recurso analítico elemental para la localización de la utilidad de diversos enfoques. La distinción entre diferentes tipos de análisis en función de los diversos niveles en que se mueven.

De esta manera propongo una definición de nivel como: el ámbito propio a una problemática, a una teoría o a una disciplina particular en el que se conjugan, por medio de operaciones lógico-analíticas, un cierto interés cognoscitivo concreto con un cierto tipo de datos.

Para explicar lo que se puede entender por niveles de análisis, me remitiré, a guisa de ejemplo, a dos experiencias de investigación de las que he sido responsable y que constituyen ejemplos de análisis a dos niveles distintos. Respecto a la ejemplificación de otros niveles, me referiré a ellos de manera menos concreta, sin que por esto conceda que son de menor importancia. La inclusión de una reseña de investigación que los ilustrara, empero, gravaría su paciencia innecesariamente, ya que para este tipo de enfoques existen excelentes monografías y estudios de los que provechosamente puede tomarse ejemplo.

Desde un punto de vista operativo, podemos distinguir respecto a la migración un primer nivel conformado por las informaciones más macro-sociales de que podemos disponer, a saber: las demográficas y las económicas.

La posibilidad de cuantificar la migración con datos demográficos se organiza en torno a preguntas como las siguientes:

¿Cuántos individuos emigran de esta unidad territorial a esta otra, por año? ¿Quiénes son los que emigran en términos de edad, sexo, ocupación, educación, experiencia?

Una fuente indispensable de información para el desahogo certero de una parte de estas interrogantes la constituyen los datos censales. En éstos, resalta por su utilidad el dato referente a la entidad federativa en la cual la persona censada tenía su lugar de residencia anterior al actual.

A continuación me permitiré ilustrar el tipo de “jugo” sociológico que se le puede extraer a este tipo de dato. Para ello apelaré a la experiencia de investigación que tuve en el transcurso de mi participación en un proyecto sobre la factibilidad de planificar el crecimiento económico del Istmo de Tehuantepec.

En este trabajo tomé los datos con que nos provee el IX Censo General de Población sobre migraciones interestatales, como un indicador de las macro relaciones sociales reales existentes entre los diferentes estados a que hacía referencia el estudio: Veracruz, Tabasco, Campeche, Chiapas y Oaxaca.

Con este propósito en mente se identificaron:

- A. El panorama nacional de intercambios de población.
- B. Los patrones migratorios que presenta el área en relación a aquellos prevalecientes a nivel nacional.

- C. El grado de atracción mutua que ofrecen los Estados comprendidos en el área.

EL PANORAMA NACIONAL

La emigración

Una comparación entre las emigraciones estatales y la población de cada estado me proveyó un primer parámetro de análisis. Los estados de Aguascalientes, Coahuila, Durango, Guanajuato, Hidalgo, Michoacán, Querétaro, San Luis Potosí, Tlaxcala y Zacatecas muestran para 1970, un total de emigrantes radicados en el resto del país equivalente, para cada uno de esos estados, a más del 20% de su población. La magnitud de estos contingentes estatales de emigrantes resalta si consideramos que este mismo grupo de estados es, a la vez, el grupo con los mayores índices de emigración neta del país (emigración menos inmigración = emigración neta interestatal). En el ámbito nacional de 1970 los altos índices de emigración estatal se ven asociados con intercambios desiguales de población o, lo que es lo mismo, con emigración neta positiva. Simultáneamente, estos estados se encuentran todos ellos en la región del Altiplano, ocupando la mayor parte de éste.

En un segundo grupo, se localizan aquellos estados que tienen índices de emigración equivalentes a menos del 20% de su población. En este caso, tal porcentaje no resulta significativo para una apreciación de los saldos migratorios interestatales. Ahora, entonces, paso a considerar los patrones observados en los estados con inmigraciones netas positivas.

En el ámbito nacional existían, para 1970, 14 entidades federativas que mostraban una inmigración mayor a su emigración. Dichas entidades son —en orden de importancia, según la magnitud de su inmigración neta (inmigración menos emigración = inmigración neta)— las siguientes: Distrito Federal, Estado de México, Baja California Norte, Nuevo León, Tamaulipas, Morelos, Sonora, Chihuahua, Quintana Roo, Colima, Campeche, Baja California Sur, Sinaloa y Nayarit. A fin de facilitar esta exposición utilicé el criterio de contigüidad territorial para agrupar estas 14 entidades en cuatro zonas y el pequeño estado de Colima:

La Zona Noroeste comprendió los estados de Baja California Norte, Baja California Sur, Sonora, Chihuahua, Sinaloa y Nayarit. A su vez la Zona Noroeste incluyó los estados de Nuevo León y Tamaulipas. La tercera Zona fue el Distrito Federal con la ciudad de México

y su área Metropolitana, además del vecino estado de Morelos. La cuarta Zona —sur de la Península de Yucatán— abarcó los estados de Campeche y Quintana Roo. Por último quedó el estado de Colima.

Con la excepción de Morelos y el Distrito Federal más la zona Metropolitana de la ciudad de México, todos los demás estados que muestran una inmigración neta se encuentran o bien en las costas o bien en las fronteras del territorio nacional. Las excepciones a este patrón lo constituyen: en la frontera interior Norte, Coahuila. Sobre el Golfo de México: Veracruz, Tabasco y Yucatán, y sobre el Pacífico: Jalisco, Michoacán, Guerrero, Oaxaca y Chiapas. Dicho en otras palabras, los estados que para 1970 observaron una emigración mayor a su inmigración, se encuentran en el interior del país, aunque haya también estados con una emigración neta positiva en las costas y fronteras.

A continuación reseñaré la relación entre las entidades con una emigración positiva y aquellas zonas que registran una inmigración mayor a su emigración.

De las áreas con inmigración neta positiva, únicamente Colima y Morelos no atraen el 50% de los inmigrantes de por lo menos algún otro estado con una emigración neta positiva. La zona Noroeste atrae el 50% de los emigrantes de Durango. La zona Noreste atrae el 58% de los emigrantes potosinos y el 52% de los emigrantes de Coahuila. La ciudad de México —incluyendo todo el Distrito Federal— y su zona metropolitana en el Estado de México atraen los siguientes porcentajes de emigrantes: de Querétaro el 67%, de Tlaxcala el 66%, de Guanajuato el 63%, de Hidalgo el 76% el Michoacán el 59%, de Puebla el 61%, de Guerrero el 49%, de Morelos el 56%, de Veracruz el 51% y de Oaxaca el 59%. La Zona Sur de la Península de Yucatán capta, por su parte, el 49% de los emigrantes de Yucatán. La relación entre zonas de atracción y estados para los cuales dichas zonas constituyen áreas de atracción predominante, cubre casi la totalidad del territorio nacional con excepción de los estados de Jalisco, Aguascalientes, Zacatecas, Chiapas y Tabasco.

La relación migratoria entre las diferentes entidades de la República se puede entender, con las excepciones anteriores, como una relación entre entidades con una emigración neta positiva y entidades que constituyen el centro preponderante de atracción para dicha emigración, todo lo cual muestra un gran desequilibrio en los intercambios de población entre los estados de la República, ya que las tendencias apuntan a la existencia de dos posibilidades básicas: o ganadores o perdedores netos de población; sin que se presenten suficientes estados importantes con balances equilibrados de inmigrantes

y emigrantes como para hablar de una tercera tendencia al equilibrio, esto es, si exceptuamos a Veracruz, con un saldo emigrante positivo equivalente al 0.1% de su población.

De las 7 406 390 personas que cambiaron de residencia estatal, 5 428 909 de entre ellos, o sea el 73.30% de los emigrantes interestatales, se acercaron en aquellas entidades que muestran una inmigración neta positiva.* El resto de la emigración interestatal nacional —26.7%— se asentó en estados con una emigración neta positiva.

Desde esta perspectiva, el patrón migratorio predominante puede entenderse como el resultado de la relación existente entre los estados que “rechazan” y estados que “atraen” población.

LA POSICIÓN DE LOS ESTADOS DEL ÁREA DENTRO DEL PANORAMA NACIONAL

Los estados a que hace referencia el área, en ese entonces estudiada, presentan la peculiaridad de que para 1970 todos ellos, con la excepción de Campeche, muestran una emigración neta positiva. Dichas entidades muestran, sin embargo, diferencias importantes en cuanto a la distribución de sus emigrantes, la magnitud de sus saldos migratorios y al grado de atracción migratoria entre sí.

Los emigrantes de Veracruz, Oaxaca y Chiapas encuentran en el DF y sus suburbios del Estado de México la zona de mayor atractivo, ya que el 51.6%, el 59.1% y el 45.4% de entre ellos se encuentran radicados ahí. El grado de atracción de la zona de la capital del país para la emigración tabasqueña es del 22.0% y para la emigración campechana del 29.9%.

Oaxaca

De los cinco Estados tomados en cuenta, Oaxaca observa el mayor desequilibrio en sus flujos migratorios, ya que su saldo emigrante positivo es equivalente al 13.0% de su población estatal. En términos numéricos, la emigración neta oaxaqueña es la quinta más numerosa del país después de las de Michoacán, Guanajuato, Zacatecas e Hidalgo. Desde tal óptica, Oaxaca aparece como una entidad que manifiesta un alto grado de rechazo migrante. La distribución de la emigración oaxaqueña, muestra fundamentalmente a la ciudad de México como el centro atrayente de dicha emigración.

* Y de este total, 3 355 000 emigrantes se asentaron en la ciudad de México y su zona metropolitana.

Veracruz

Tal como se mencionó anteriormente, Veracruz acusa un saldo emigrante positivo. Este es equivalente al 0.1 de su población. Puede, entonces, afirmarse que sus flujos migratorios están en equilibrio. Al igual que Oaxaca, la mayoría de sus emigrantes se encuentran en la ciudad de México.

Tabasco

Registra una emigración neta positiva equivalente al 2.96% de su población total. A diferencia de los demás estados del Istmo, su índice de avecindados en la ciudad de México no constituye el más importante de sus contingentes emigrantes.

Chiapas

Posee un saldo emigrante equivalente al 3.28% de su población. El grado de atracción ejercido por la ciudad de México para los emigrantes chiapanecos es del 45.37%.

Campeche

Es el único estado que acusa un saldo inmigrante positivo. Este es igual al 5.5% de su población.

LOS FLUJOS MIGRATORIOS A NIVEL INTERESTATAL EN EL ÁREA EN CUESTIÓN

Dentro de un panorama nacional, la posición ocupada por los estados contemplados en esta área es, con excepción de Campeche, la de entidades con saldos emigrantes positivos. De esta manera, se ha considerado el grado de atracción de aquellas zonas que tienen un saldo inmigrante positivo y el saldo migrante neto de los estados en cuestión como equivalente a un cierto porcentaje de sus respectivas poblaciones. No se han considerado, sin embargo, los flujos migratorios entre los cinco estados aquí estudiados.

Oaxaca

Oaxaca con 58 188 inmigrantes, de los cuales el 52.28% (30 423)

proviene de los otros cuatro estados: Veracruz 24 903, Tabasco 546, Campeche 619 y Chiapas 4 355.

La composición de la inmigración oaxaqueña denota tres aspectos importantes. El primero: si bien es cierto que la emigración oaxaqueña se dirige de manera preponderante a la ciudad de México, también lo es que, a nivel de inmigración, los contingentes de Veracruz, Tabasco, Chiapas y Campeche suman más de la mitad de la inmigración total en el estado. Dicho sea en otras palabras, en términos de relaciones interestatales, Oaxaca presenta una relación inmigrante preponderante con sus estados vecinos, mientras que la relación emigrante denota un grado de atracción preponderante por parte de la ciudad de México. En segundo lugar, el contingente inmigrante veracruzano en Oaxaca es igual al 42.8% de los inmigrantes en Oaxaca. Al mismo tiempo, el grado de atracción que Oaxaca ejerce sobre la emigración de los otros cuatro estados es como sigue: Veracruz 7.2%, Chiapas 4.78%, Campeche 2.05% y Tabasco 0.74%.

El tercer aspecto importante es que Oaxaca atrae de los otros cuatro estados, contingentes inmigrantes —en todos los casos— numéricamente inferiores a los contingentes emigrantes de Oaxaca en cada uno de ellos. Se puede decir, entonces, que este Estado no sólo tiene una emigración neta positiva en términos absolutos sino que también posee una emigración neta positiva con cada uno de sus vecinos.

Veracruz

Es el Estado del área que registra el mayor contingente de inmigrantes, 341 945. De éstos 105 592 (el 30.88%) provienen de las otras cuatro entidades. El grado de atracción conseguido por Veracruz con respecto a los emigrantes del resto de los estados que conforman el área es como sigue: Tabasco 35.68% (26 396), Chiapas 14.77% (13 454), Oaxaca 19.3% (61 878) y Campeche 12.82% (3 864). Es característico que en Veracruz los contingentes inmigrantes provenientes de los otros cuatro estados sean, en todos los casos, mayores al contingente emigrante veracruzano en cada uno de ellos. Lo que equivale a decir que tanto en términos de atracción demográfica como en términos numéricos absolutos, Veracruz resulta más atractivo para los emigrantes de los otros estados que para los emigrantes veracruzanos. Por otra parte, el resto de los estados del área absorbe únicamente el 12.39% de los emigrantes veracruzanos.

Tabasco

El grado de atracción que ejerce Tabasco sobre los otros cuatro estados es como sigue: Veracruz 3.27% (11 308), Campeche 13.37% (4 030), Chiapas 19.31% (17 592) y Oaxaca 0.75% (2 418).

Tabasco tiene un total de 51 218 inmigrantes, de los cuales el 69.01% (35 348) provienen de los otros cuatro estados. Simultáneamente, el 66.86% de los emigrantes tabasqueños radican en el resto de los estados que entran a formar el área a planificar. Los flujos migratorios tabasqueños denotan en la composición numérica de sus integrantes o inmigrantes, como en el destino de sus emigrantes, una influencia preponderante de los otros cuatro estados; aun cuando la influencia de Tabasco sobre los flujos migratorios de los otros estados sea mínima en el caso de Veracruz, casi nula en el de Oaxaca y mediana con respecto a Campeche, la migración interestatal tabasqueña encuentra su referencia más importante en el resto de los estados *el* área delimitada para este estudio.

Nivel de las condiciones económicas

Cuando mencioné los tipos de información migratoria más general, incluí —junto a los datos demográficos de cuya importancia vengo de ocuparme— una segunda fuente disponible: la económica.

Esta categoría comprende una variedad tan grande de fenómenos, situaciones, problemas, eventos, referencias, expectativas y sentimientos, que la más elemental de las prudencias recomendaría evitar inclusive su sola mención en una discusión que, como ésta, se aboca a ejemplificar la utilidad de distinguir diversos niveles en los estudios sociales.

Sin embargo, en el medio ambiente cultural en que se desenvuelve nuestra disciplina se ha llegado a conformar una expectativa de la que no podemos desentendernos responsablemente: los trabajos sociológicos deben contener y manejar referencias al entorno económico de los sujetos estudiados, así como a las actividades de los individuos o colectividades sujetos de análisis.

De la expectativa anterior se desprende claramente una serie de problemas típicos del quehacer sociológico: ¿qué tanto debo incursionar en el terreno económico?, ¿a qué tipo de teoría dentro de esa disciplina debo otorgar mayor peso?, ¿cómo manejar información de una ciencia de la que no soy un experto?

Dentro de las Ciencias Sociales existen dos tipos de respuestas que ayudan a que las inquietudes anteriormente descritas no se desbor-

den y, por tanto, ayudan a que estos interrogantes no se conviertan en hoyos negros en los que podrían perderse las buenas intenciones de investigación.

El primer tipo de respuesta nos la proporciona Max Weber con su distinción entre: 1) lo propiamente económico; 2) lo económicamente condicionado, y 3) lo económicamente importante o pertinente. Esta concepción de lo económico abre la posibilidad de comprometernos desde la perspectiva sociológica únicamente con el nivel relativo a las condiciones económicas inmediatas de los fenómenos sociales estudiados, por una parte, y con el nivel de aquello que pueda resultar o haya resultado —desde un punto de vista histórico— económicamente importante o significativo. Dejando lo propiamente económico a los economistas.

El segundo tipo de respuesta nos la ofrece alguien como Gluckman, quien aconseja tomar con *ingenuidad*, premisas, conclusiones, presupuestos o explicaciones teóricas de disciplinas afines pero diferentes a la de uno.

Aquí el énfasis va puesto en el sustantivo “ingenuidad”. Su utilización indica que se toma prestado haciendo abstracción de los riesgos que corremos al aceptar dicha premisa o explicación; ya que al no ser expertos en aquella disciplina ignoramos su grado de validez, sus limitaciones y sus críticas.

El que a pesar de lo anterior, hagamos uso de esa otra disciplina tiene como consecuencia el que debemos hacerlo ingenuamente, o sea, como si este préstamo no acarreará ningún problema.

Independientemente de la manera comoelijamos resolver esta cuestión, la expectativa que pesa sobre nuestra disciplina para tomar en consideración lo económico, involucra, de cualquier manera, el deber formularnos, en el caso de la migración, preguntas tales como: ¿qué alternativas de empleo o de ocupación tienen los migrantes en sus lugares de origen y en sus lugares de arribo?, ¿con qué condiciones de demanda de mano de obra se enfrentan?, ¿a qué factores de seguridad de empleo y de contratación están sujetos?, ¿con qué derechos laborales cuentan?

Nivel de la estratificación

Una vez explorados este tipo de problemas no se requiere abandonar el campo de la lucha material por la existencia —después de todo eso es lo económico— para ingresar de lleno al corazón mismo de la Sociología. Me estoy refiriendo a los datos y problemas relativos a la estratificación social y sus tres grandes dimensiones: la

clase social, el prestigio social y el poder, con lo cual pasamos de los niveles económicos a los propiamente sociológicos. La literatura sobre estos temas es bastante exhaustiva, configurando uno de los pilares fundamentales de la Sociología.

Una vez delineado el nivel anterior, haré una breve presentación de la importancia que pueden tener los conceptos sociológicos de rol y *status*.

Su mera mención dibuja de inmediato los flancos más conocidos del edificio principal de las Ciencias Sociales angloamericanas.

En efecto, el aporte más notable de estas disciplinas radica precisamente en la forma como en ellas se facilita la discusión de problemas teóricos con datos de la conducta social de individuos específicos en interacción mutua. Si contrastamos estos conceptos con el tipo de problema manejado en el nivel macro-social, veremos que los casos de rol y *status* hacen referencia no a los flujos de población, sino a los flujos de derechos y obligaciones, intercambios, servicios, favores, préstamos, ayudas. En una palabra, a las relaciones sociales existentes entre los individuos.

La forma como se pueden relacionar analíticamente individuos concretos con la sociedad más amplia es considerar que dichas relaciones se obtienen al interior de ciertas instituciones —o si se quiere—, al interior de ciertos complejos de derechos y obligaciones prevalecientes por encima de los individuos.

Consecuentemente, desde esta perspectiva el *status* resulta ser la posición que ocupa un individuo frente a los demás, en términos de derechos y obligaciones.

Así, el comportamiento individual observado puede ser referido, para su comprensión, a la posición o *status* que ocupa dicho individuo; de tal manera que su comportamiento real puede ser entendido como una forma de satisfacer las necesidades planteadas por dicha posición.

Dicho en otras palabras: el individuo se encuentra socialmente situado dentro de un ámbito de posibilidades definidas y limitadas en función de las de los demás. De esta manera, una suma determinada de *status* es sinónimo de un conjunto de normas y reglas sociales, para las cuales cada individuo constituye un punto de referencia.

Sin embargo, esta conceptualización no se constriñe únicamente a la dimensión normativa de las relaciones sociales, sino que a través de la acepción paralela de rol se cubre también el ejercicio y la aplicación de estas normas tanto como los comportamientos asociados con ellos.

Dentro de esta forma de ver la interacción social, resulta perfec-

tamente factible traducir a términos sociológicamente analizables los intercambios ocurridos al interior de pequeños grupos. Lo anterior reviste una gran utilidad si pensamos que es precisamente este tipo de comportamiento al que más fácilmente puede acceder cualquiera de nosotros en términos de observación. De esta manera, se puede apreciar e investigar lo que hay de social en las acciones propias a pequeños grupos; que, en muchas ocasiones, resultan ser o bien complejos en su manejo analítico, o bien difíciles de situar en términos teóricos, como suelen serlo los casos consignados durante el desempeño de un trabajo de campo.

Es prácticamente innecesario añadir que este modo de análisis en las Ciencias Sociales encuentra en Emilio Durkheim su principal fuente teórica. De otro lado, muy bien se puede tener por cierto que la mayor parte de las contribuciones monográficas en la Sociología caben dentro de este modo de trabajo; por lo que considero que difícilmente se puede hacer Sociología si no nos referimos directamente a este tipo de análisis y a los resultados que con él se han logrado. Aquí cabría hacer una pequeña pausa para advertir que los conceptos de rol y *status*, o sus equivalentes, conforman un entorno tan vasto y complejo, que terminan por definir, más que un solo nivel, una multiplicidad de ellos.

A guisa de ejemplo, se podría apuntar primeramente al espacio analítico que yace entre las estructuras formales e informales de centros de trabajo; sistemas de parentesco y organizaciones gremiales, económicas o políticas.

En segundo lugar, agruparía todos aquellos estudios que focalizan su esfuerzo en entender los principios en que se basan los comportamientos individuales, utilizando como marco de referencia las redes de intercambios de bienes y servicios en los que dichos individuos se ven involucrados.

Finalmente, no se podrían dejar de lado las numerosas aportaciones que se obligan a investigar las formas en que las relaciones sociales formales, informales y de intercambio son movilizadas como grupos de presión, movimientos políticos, o transacciones de poder y negociaciones de todo tipo.

A fin de pasar a una breve consideración del siguiente nivel conviene retomar un ejemplo visto anteriormente.

Cuando se habló del nivel de las condiciones económicas y de la migración, se mencionó que ésta podía ser concebida como un flujo de fuerza de trabajo entre un lugar con una gran oferta y otro con mucha demanda de mano de obra.

De esta forma, si la tasa de emigración de una región es —por de-

cir algo— equivalente, al año, a un tres por ciento de la población, esta cifra representa el punto en que se encuentran la oferta y la demanda, con lo que, así enfocada, esta cuestión cae de lleno en el terreno de la economía en su sentido más clásico.

Ahora bien, para advertir un problema abordable desde la Sociología, no es indispensable —afortunadamente— introducirse en todas aquellas disciplinas de cuyos datos puede uno servirse. Así sucede con la información referente a la tasa de migración, arriba ejemplificada. En efecto, sin dejar de reconocer en ésta un dato significativo para la economía, no podemos tampoco ignorar que la incidencia de dicha tasa sobre un grupo humano y cultural específico, es un problema netamente sociológico. Dicho de otra manera, aún cuando la explicación de las magnitudes de la migración pertenezca a un campo ajeno al nuestro, como lo es el de la economía, quedan por explicar cuestiones como las siguientes: ¿quiénes son, en términos de edad, clase, grupo étnico, sexo, ocupación, escolaridad, estado civil y religión, aquellos que emigran y aquellos que se quedan? ¿Por qué ellos y no otros? ¿Vuelven a sus lugares de origen los que emigran? ¿Quiénes permanecen en los lugares a donde van a trabajar y quiénes continúan migrando a otros sitios?

La respuesta a estas interrogantes permite establecer la identidad social de los contingentes migrantes. Con lo cual accedemos a la posibilidad de llevar el estudio sociológico hasta un grado más complejo de análisis. Esto es, una vez agrupados los datos personales de los migrantes de acuerdo con los criterios arriba enumerados —edad, sexo, etcétera—, se requiere reunir dicha información, en búsqueda de regularidades, ya sean éstas patrones, pautas, tendencias o tipos.

El acercamiento fructífero consistiría en introducir al esquema analítico tanto las grandes fuerzas sociales —clase social, mercado, estado, creencias, región— como los factores condicionantes y conformantes de los ámbitos sociales —comunidad, sistema productivo, etcétera—, que a su vez nos permiten comprender los comportamientos individuales de nuestros sujetos de investigación.

Este tipo de análisis conlleva, por supuesto, un grado muy alto de complejidad y profundidad ya que implica manejar tres tipos diferentes de habilidades. En primer lugar, la colección de datos relativos a comportamientos individuales, actividad normalmente asociada con el desempeño del trabajo de campo. En segundo lugar, la capacidad de manejar los conocimientos suficientes para la elaboración de una visión sintética sobre el panorama sociológico de las grandes fuerzas sociales pertinentes para la situación bajo análisis. Finalmente, desplegar el ingenio y las destrezas suficientes para construir teórica-

mente los ámbitos sociales en que podemos ligar comportamientos individuales con las grandes fuerzas sociales.

La magnitud académica de estas tareas implica necesariamente el tener que enfrentarse a un número alto de opciones diferentes respecto a la colección de datos, su organización, la delimitación de los ámbitos sociológicamente significativos y a la comprensión de las fuerzas sociales.

La conciencia de esta magnitud, así como de la complejidad y amplitud de las elecciones posibles en las tareas analíticas constituye, a mi modo de ver, la marca de un sociólogo competente. Espero que con esta plática puedan tener un panorama más realista de los retos a los que se enfrentan como futuros sociólogos. Muchas gracias.

BIBLIOGRAFIA

KAPLAN, M. *Estado y Sociedad*. Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1980, p. 14.

WEBER, M. "La objetividad cognoscitiva de la Ciencia Social y de la Política Social", en *Ensayos sobre Metodología Sociológica*, Amorrorru Eds., Buenos Aires, 1978, pp. 39-74.

GLUCKMAN, M. *Closed Systems and Open Minds: The Limits of Naveity in Social Anthropology*, Oliver A. Boyd, Edimburgo, 1961.